

Novela e intriga en Silvestre Hernández

Por José Antonio García Fernández

Índice

PRIMERA PARTE.— COMENTARIOS A LA OBRA DE SILVESTRE HERNÁNDEZ	3
<i>Voces del silencio, Zaragoza, Egido, 1999, 157 pp.</i>	3
<i>El beso del lagarto, Guadalajara, Arawana, 2001, 172 pp.</i>	8
<i>Las tres flores de lys, Oviedo, Nobel, 2002, 410 pp.</i>	9
SEGUNDA PARTE.— PREGUNTAS REALIZADAS POR LOS ALUMNOS DE 3º DE ESO Y DIVERSIFICACIÓN EL DÍA DE LA VISITA DEL AUTOR, JUEVES, 27 DE FEBRERO DE 2003, EN “EL HIJARANO”	11
TERCERA PARTE.— ENTREVISTA CON SILVESTRE HERNÁNDEZ	12



Silvestre Hernández es psicólogo y psiquiatra de formación y docente en ejercicio. En su dilatada carrera profesional ha sido jefe de la unidad de programas educativos del servicio provincial de Teruel y director del instituto de secundaria en Valderrobres, cargo que aún ostenta.

Nacido en Badalona (Barcelona), en 1952, lleva bastante tiempo afincado en el Matarranya, del que es un entusiasta. Allí sitúa la acción de una de sus últimas novelas, *Voces del silencio* (1999), en la que se nombran los puertos de Beceite, Peñarroya y otros lugares de la comarca turolense. Desde hace unos años, vive entregado --en la medida que le permiten sus obligaciones-- a su vieja pasión literaria. Ha colaborado en *La Comarca* y *Diario de Teruel*. Se ha adentrado en el teatro, el guión cinematográfico, el ensayo y la literatura juvenil, aunque su territorio preferido es la novela. En el campo educativo, tiene un largo número de publicaciones: *Hacia una nueva educación*, *La dimensión europea*, *La orientación profesional en la Unión Europea* y otros títulos como autor o coautor.

Finalista en numerosos certámenes literarios, como el “Ateneo de Valladolid” y el “Ciudad de Barbastro”, desde que ganó el premio internacional “Emilio Alarcos Llorach”, con su novela *Las tres flores de lys*, empieza a ser conocido en el mundo de las letras españolas.

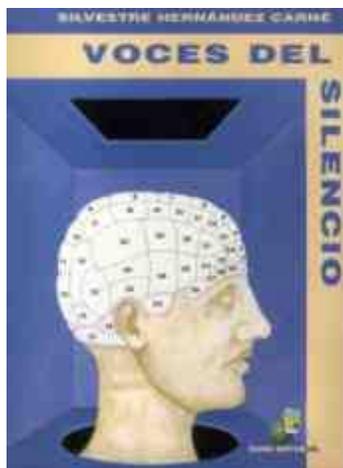
En el curso 2002-2003, ha participado por primera vez en el programa “Invitación a la lectura” y se muestra encantado con la experiencia. Aprovechando su presencia en el instituto de Híjar, el jueves, 27 de febrero de 2003, le hicimos la entrevista que publicamos aquí, que complementamos con el *dossier* informativo que la acompaña. Nuestros alumnos de 3º de la ESO y del programa de diversificación curricular leyeron su novela *Voces del silencio*, a la que dedicamos en el *dossier* una atención especial.

Puede encontrarse información sobre Silvestre Hernández en la siguiente página web: <http://www.geocities.com/SoHo/gallery/7977>



Primera parte.— Comentarios a la obra de Silvestre Hernández

Voces del silencio, Zaragoza, Egido, 1999, 157 pp.



Historia de psiquiatras y sus pacientes, trastornados mentales, con intriga insertada de corte policiaco. *Cosmorama Internacional Corporation* es una empresa de farmacología y biotecnología que quiere dominar el mundo y pretende controlar las mentes de las personas, mediante implantes de microchips, controlados por ordenadores que envían sus órdenes vía satélite hasta el último confín del mundo. Uno de sus empleados, el doctor Sebastián Parera, tiene la posibilidad de unirse al proyecto de dominación, pero sus convicciones éticas le llevan, al contrario, a denunciar las perversas intenciones de la empresa.

El joven y audaz psiquiatra desprecia la terapia de *electroshock* y el abuso farmacológico y, con mentalidad más de psicólogo que de psiquiatra, prefiere la indagación psicoanalítica a las intervenciones agresivas con los pacientes. No cree que la solución sea empachar con fármacos a las personas trastornadas, sino hablar con ellas, hacer terapia para saber dónde nacen sus problemas:

“Sebastián es un psiquiatra joven, con apenas tres años de experiencia real. Es un convencido entusiasta de las terapias psicoanalíticas, a las que prefiere por encima de un uso exagerado de fármacos y otros tratamientos traumatizantes para los pacientes, y que desecha por norma, al considerarlos altamente peligrosos, como ocurre con el tristemente resucitado electroshock. Su entusiasmo por las terapias lentas, no agresivas, con gran atención al enfermo y a su entorno, choca frontalmente con la concepción de empresa del Dr. Dupré quien prefiere terapias más rápidas y que, a ser posible, estén basadas en la tecnología y los avances farmacológicos de Cosmorama” (p. 16).

Aire de cine americano en una historia en la que la acción (cuasi policiaca, de intriga) avanza mezclada con una historia de amor adúltero entre el psiquiatra y su bella compañera de trabajo, Maite, terapeuta ocupacional. Maite, joven y sexy, es la antítesis de la veterana enfermera de Sebastián, Remedios, eficaz, pero ya madura. La ambientación de la fábula es en la

comarca del Matarranya, de Teruel. El hospital psiquiátrico está en Peñarroya, se nombra Beceite, etc. Abundante vocabulario médico y buen retrato del mundo de los psiquiatras, sus conversaciones entre compañeros, sus comportamientos en los congresos, sus miserias y grandezas...

La historia comienza en el despacho de Sebastián Parera, a punto de recibir a una paciente, Manuela, una mujer de 67 años que lleva 43 encerrada en el hospital psiquiátrico y a la que da pánico que la echen de su “hogar”; unos capítulos más adelante, nos enteraremos de que ese pánico al mundo exterior es el que la lleva a la muerte. Aparecen a lo largo del libro otros pacientes: el amigo de Parera, Pedro Llorens, un hombre de 36 años, director de banco, casado con Carmen, homosexual que no se atreve a asumir su orientación sexual por temor a las consecuencias sociales, familiares y económicas; Nelly, la oligofrénica de 48 años y 85 kilos de peso, que tiene la costumbre de abalanzarse sobre el primer incauto que encuentra y comérselo a besos; Linda, que quiere utilizar la excusa de un trastorno mental como coartada para abandonar a su marido y fugarse con su amante; etc.

Como cada día, al final de la jornada, Sebastián vuelve a su hogar de Zaragoza, donde le espera su mujer, María. La relación de pareja no funciona bien desde que murió Laura, la hija de ambos, atropellada por un coche. Sebastián encontrará en la bella Maite, compañera de trabajo, lo que ya no puede ofrecerle su mujer: una nueva pasión.

El antagonista de Sebas es su “amigo” y jefe en el hospital de Peñarroya, el doctor Jaime Viger, un ambicioso psiquiatra dispuesto a cualquier cosa con tal de obtener poder, partidario del electroshock y el uso de drogas experimentales con fines terapéuticos, como el XL25 que produce Cosmorama; un hombre oscuro y sin escrúpulos, que siempre está viajando de congreso en congreso, con fines inconfesables. Viger distingue entre el que manda (en su caso, el viejo doctor Dupré, propietario de Cosmorama) y el que controla, que es quien tiene el poder real, y se atribuye a sí mismo la segunda función, la de controlar a los demás, marcarlos de cerca. Y eso hace con Sebastián, controlarlo, marcarlo. Y llega a hacerlo sentir muy mal. Descubre Viger los miedos más íntimos de Sebas, por ejemplo que sigue con María porque no quiere perder el control de su vida, no quiere arriesgar su supuesta felicidad, aunque cuando aparece Maite no consigue proseguir su falsa vida burguesa y respetable. Viger es enérgico, ambicioso y mujeriego, está soltero y dispuesto a todo con tal de subir en su profesión. Es conductista, no mentalista, y partidario del determinismo biológico, frente a Sebas, que cree en el psicoanálisis:

“Pero no, amigo Sebas, no creo en ninguna de esas opciones. Ni la duda, ni la ciega convicción. Únicamente creo en lo evidente, lo pragmático... lo demás, no existe. Por eso creo en la posibilidad de modificar el cerebro, en la eficacia del electroshock, la neurocirugía y la farmacología. Y por ese mismo motivo jamás aprobaré el psicoanálisis, las ideas animistas o la imposición de manos. Sólo creo en lo que puedo ver y tocar. Eso me da seguridad. (...)

--¡Déjate de bobadas, Sebas! Tú eres el miedoso. Incapaz de aceptar la temporalidad del ser humano, la futilidad del pensamiento o la inexistencia del alma. Vives en un mundo de rosas donde aún confías en la existencia del espíritu, en los milagros, en la capacidad del ser humano para amar... ¡Patrañas!” (p. 51)

Poco a poco, Sebas va atando cabos y relacionando los viajes de su colega con las muertes de personas inocentes (en País de Gales, en Australia, en Brasil, en Israel...). Por otra parte, cada vez se distancia más de la línea de actuación de Cosmorama. Tiene una fuerte discusión con el gerente, doctor Dupré, porque no comparte su punto de vista sobre la experimentación con animales. La discusión es tan subida de tono que llega a temer por su trabajo, cree que va a ser despedido. Después, intercambiando opiniones con su “amigo” el doctor Viger, quien naturalmente defiende el punto de vista de la casa, tenemos la confirmación de que la ruptura es inevitable:

—¿Qué son las famosas «patas» exactamente? —inquire Sebastián.

—«Foots» es el nombre cariñoso que utilizamos para referirnos a los implantes de microchips en distintas zonas cerebrales.

—¿Y para qué sirven?

—Para provocar y observar las reacciones del cuerpo a diferentes estímulos cerebrales: pérdida de equilibrio, miedo, agresividad, sexualidad, alucinaciones, apatía, respiración, convulsiones...

—¿Y todo esto para qué?

—Para poder comprender las reacciones humanas a diferentes estímulos cerebrales y el efecto de aplicar diversos tratamientos. Por ejemplo, provocamos ansiedad estimulando el hipotálamo y observamos su disminución con diversas dosis de XL25.

—¿Y cómo podéis saber el efecto conseguido, si los animales no pueden comunicaros sus sensaciones?

—Para eso llevan los electrodos, para medir las reacciones más simples como pueden ser los latidos del corazón, la salivación... Reacciones similares a las humanas en situación de stress, ansiedad...

Sebastián quiere aprovechar la ocasión para enterarse a fondo de los experimentos que realiza el Doctor Dupré.

—Entonces, esos microchips actúan como emisores y receptores. Enviáis cargas eléctricas para posteriormente medir las reacciones del cuerpo a esas descargas.

—¡Exacto, Sebas! Además, las computerizamos y las guardamos en bases de datos especiales para tener un control exacto de todo el proceso.

—¡Qué barbaridad! ¡Pobres animales!

—Esa es tu forma de verlo, la mía es muy distinta. Si no fuera por esos millones de animales que mueren cada año, no habríamos conseguido ni siquiera la vacuna antirrábica... La humanidad precisa de la experimentación animal.

—Disiento contigo, Jaume...

—No empieces o acabaremos discutiendo.

—Está bien, dejémoslo ya” (p. 73).

En el congreso de Bilbao al que, finalmente, asiste Sebas con permiso de su mujer María, aparece la bella María Teresa Fuentes Ohms, Maite, definida desde una perspectiva sensorial: ojos fulgurantes, labios carnosos, voz susurrante, melena rubia, mujer sugerente y atractiva. De ella se enamora perdidamente el protagonista. Y es correspondido, porque ella abandona Bilbao y acepta una vacante como terapeuta ocupacional en el hospital de Peñarroya, por supuesto con el objetivo de estar cerca de su amado. El lío amoroso es inevitable y, mientras tanto, el doctor Viger sigue viajando al extranjero y dejando muertos allí por donde pasa: Israel, León, Londres, Bélgica...

Sebas sigue recibiendo pacientes, como Juan Corchea, de 39 años, un pederasta, violador de niñas que utiliza al psiquiatra como excusa para evitar la cárcel (aunque Sebas manda que lo internen y así, al menos, impide que

circule por la calle cometiendo delitos); o el terrorista argelino Abdul Hassan Kabur, fanático de Alá. Se da cuenta de que estos pacientes, que acaban muertos posteriormente en actos violentos, llevan todos una cicatriz en la oreja y que todos han pasado por la terapia de electroshock en alguna clínica de Cosmorama: un momento perfecto para que los doctores de la casa, como Viger, Dupré o Benasar, les implanten electrodos en el cerebro.

Entre paciente y paciente, se cita con su amante y engaña a su mujer, María. Sebas llega incluso a olvidar el regalo de aniversario de boda, tan enfrascado está en sus nuevas sensaciones. Pasa todo el tiempo que puede con Maite y la perra de ésta, Brosnia; incluso van juntos al veterinario, que se llama Sabih y es un amigo de Maite que tendrá capital importancia en el desarrollo posterior de la trama, puesto que enseña a Sebas cómo funciona el sistema de electrodos implantados en el cerebro de un animal: en el microchip se almacena mucha información sobre cada uno (salud, datos del propietario, vacunaciones, etc.). Sebas comienza a entender qué puede estar sucediendo en Cosmorama y se teme lo peor. A pesar de su agitada vida laboral y sexual, aún tiene tiempo para jugar a los detectives.

Sebas se va con Maite a un congreso, mintiendo, claro, a María. Oyendo la conferencia del doctor Benasar, uno de los socios propietarios de Cosmorama, sobre el Parkinson y la estimulación del cerebro con electrodos, comprende la verdad: Cosmorama no se detiene en la experimentación animal, aplica sus prácticas de dominio mental a sus enfermos. Sebas sale apresuradamente del Palacio de Congresos. Pero es arrollado por un lujoso automóvil, propiedad del doctor Dupré, y sufre un fuerte traumatismo craneal que lo lleva a ser ingresado en el hospital Simpson, otra propiedad de Cosmorama. Allí, con la excusa del electroshock, le implantan un microchip en el cerebro. Maite telefona a María, quien al saber la hospitalización de su marido se alarma y sale corriendo para Madrid, donde llora por el héroe al lado de su rival amorosa. En el hospital comprende la relación extraconyugal de su marido y se aleja dolida, aunque seguirá muy pendiente de la evolución clínica del enfermo.

Cuando Sebas recobra el conocimiento, reconoce a Maite, le pide ayuda, le cuenta sus temores. Maite al principio no lo cree, pero poco a poco... Llama a su amigo Xavi y a María, temiendo por la vida de Sebas. Antes de que lleguen, en la habitación, en un momento en que está solo, Sebas recibe la visita del doctor Viger, que, por fin, le dice la verdad de todo cuanto pasa: él forma parte del entramado de Cosmorama y va a matarle; también le dice que han estudiado las ondas cerebrales de Maite y que, al estimular el electrodo de Sebas, la misma reacción la tendrá la enfermera, porque emiten con la misma longitud de onda para los dos. Cosmorama quiere dominar el mundo, su droga LX25 es adictiva y hará que todos los pacientes dependan del fabricante en el futuro. Además, ha descubierto cómo manipular las mentes de las personas, para que se suiciden, maten, declaren la guerra, etc. Esas son las *voces del silencio* que cada uno oye en su interior y le hacen actuar.

Cuando por la noche, Viger comienza las estimulaciones cerebrales de Sebas y Maite vía satélite desde su ordenador portátil, ambos enamorados se

debaten con gran dolor, pero Sabih, el veterinario, llega a tiempo de quitarle el implante del cerebro a Sebas y salvarlo. Sin embargo, con Maite no son suficientemente rápidos y ella se arroja desde la terraza del hospital con una enigmática sonrisa, siguiendo las órdenes computerizadas que recibe su cerebro, emitidas desde el ordenador del cruel Viger. Paga con su vida la libertad del amado. Sebas vuelve con María y, antes de terminar la historia, aún recibe la llamada amenazante del doctor Viger, que le pide silencio a cambio de dejarlo vivir tranquilo con su mujer, con la que finalmente se reconciliará.

Final pesimista, pues el psiquiatra protagonista, Sebastián, consigue sobrevivir, pero no desenmascarar a la empresa *Cosmorama*. Y por supuesto, decide escribir una historia con aire de ficción para sugerir al lector la moralina:

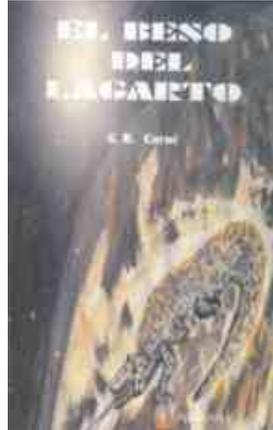
“Eso es lo que voy a hacer: relatar una historia. Al menos así, con una simple e inocente novela de ficción, siempre le podrá quedar a mis lectores la duda de que hechos así pueden producirse algún día; e incluso provoque en sus mentes desconfianza ante situaciones que hasta ahora ocurren a su alrededor y que consideran como simples hechos chocantes, sorprendentes, pero sin ninguna relación entre sí. Si al menos consiguiera generar en sus conciencias la sospecha de que probablemente existen proyectos con objetivos oscuros que pueden afectarles a ellos mismos, me daría por satisfecho. Quizás de ese modo logre transformar su tranquilidad en una inquietud que les mantenga en guardia ante nuevos fenómenos extraños” (p. 157).

Después de insertar este párrafo, la novela termina repitiendo al final las mismas líneas que la iniciaban, dando así al texto una estructura cíclica, que produce en el lector la sensación de que acaba de asistir, actualizado, al desarrollo del conflicto narrado y que este vuelve a suceder incesantemente en el mundo.

En definitiva, este es el papel de la novela y la literatura según Silvestre Hernández, en *Voces del silencio*: mover las conciencias, agitar nuestra tranquilidad burguesa, aunque hay un tono demasiado “cine americano”, con la archirrepetida teoría de la conspiración universal, con presencia de corporaciones todopoderosas que actúan al margen del estado (al estilo de la Fundación de Isaac Asimov), etc. Sebastián encarna el ideal del héroe que lucha contra el sistema, el médico humanista al que le gusta la literatura (escribe novelas) y se preocupa por los enfermos mentales y su terrible soledad.

Con todo, la novelita, no demasiado larga, es amena, se deja leer. La expresión es clara, directa, transmite bien los estados de ánimo de los personajes, sus sentimientos y emociones, sus opiniones profesionales y vitales, a pesar de que, en algún momento, el estilo es un tanto barroco, preñado de adjetivos.

El beso del lagarto, Guadalajara, Arawana, 2001, 172 pp.



Novela de ciencia-ficción, con historia de amor entre los protagonistas, la norteamericana Tanya Mortimer y el español David Modrego, quien gana un concurso internacional cuyo premio consiste en un simulacro de entrenamiento espacial en la base de Kazajstán. El concurso es, en realidad, una tapadera para que la empresa Cyberspace Ltd., propiedad del magnate John Mortimer III (¿trasunto de Bill Gates?), tío de Tanya, reclute equipos humanos para sus misiones espaciales.

David, Tanya, el musculoso marine Roger Daltry, la comandante Yasi y el gracioso Gork viven una peligrosa aventura lunar, pues deben llevar a aquel satélite terráqueo a tres enormes y agresivos lagartos, tres varanos de las islas Komoro, cuya mordedura —el beso del que habla el título— resulta mortal.

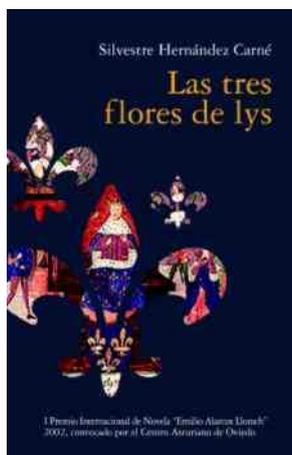
La aventura, en la que hay robots, hibernaciones, saltos al hiperespacio y regresos triunfales, tiene final feliz y David, el héroe, encuentra en ella a la chica de sus sueños, con la que —cómo no— se casa.

Otra vez Isaac Asimov y el cine americano como fondo, en una novela de intriga y tecnología supersofisticada. Un relato que se agota sin más pretensión que la de entretener al público joven al que va dirigido, con una narración directa, imaginativa y sencilla. Una lectura amena. Un libro que se lee con facilidad en una tarde.



Silvestre Hernández en la Casa del Hijarano firmando libros

Las tres flores de lys, Oviedo, Nobel, 2002, 410 pp.



Primera incursión en la narrativa larga de Silvestre Hernández, que consigue con esta novela un relato entretenido, estilo “thriller”, plagado de asesinatos, horribles mutilaciones y final con un culpable imprevisible. Interesante novela negra, que implica a la Masonería, los servicios secretos del Vaticano y el Ministerio del Interior, y resucita los más sonados escándalos del pasado reciente, como la trama del Banco Ambrosiano, el asesinato de Calvi y la actuación de la logia P-2 en Italia. Quizá demasiado para una sola trama.



La protagonista de la historia es la comisaria-jefe Mónica Zayas, una atractiva joven dedicada en cuerpo y alma a su trabajo y con un comportamiento pendenciero, rebelde, que la convierte en un “Harry el sucio” en versión femenina. En cierta medida, se trata de una reducción al absurdo del comportamiento policial masculino, encarnado ahora en una mujer que encuentra en su compañero laboral, David, la pareja ideal. David es un *cachas* de cuerpo perfecto (lo que se exige normalmente a las mujeres), pero además es el tópico “descanso del guerrero” (en este caso, “guerrera”) para Mónica: la consuela por la muerte de su madre, le hace el desayuno y la comida, sabe planchar, saca al perro de paseo y encima... tiene un buen culo, según afirma Mónica. Todo un encanto.



En el relato hay mucha documentación histórica sobre el desarrollo de la masonería en España, excesiva en ocasiones, al modo de *El péndulo de Foucault*, de Umberto Eco. La ambientación espacial es en Zaragoza, cuyos lugares principales se citan: el Pilar, la universidad, el Ebro, los puentes, el barrio de las Fuentes...

El lector de *Las tres flores de lys* queda capturado por la intriga de la novela y llegará sin sentirlo a las páginas finales, donde le espera un desenlace sorprendente.

El turolense Hernández Carné gana el II Premio «Alarcos» con «Las tres flores de lis»

El jurado dio a conocer anoche, durante una cena en el club de campo del Centro Asturiano, el fallo del galardón, dotado con 18.000 euros

Patricia G. DEL GALLO
La novela «Las tres flores de lis» del escritor Silvestre Hernández Carné (Beceite, Teruel) ha sido la ganadora del II Premio internacional de novela «Emilio Alarcos Llorach». El fallo se dio a conocer cerca de la medianoche de ayer en el transcurso de una cena en el club de campo del Centro Asturiano.

Bajo el seudónimo de «Arawana», Hernández Carné narra en «Las tres flores de lis» la historia de Mónica Zayas, una comisaria de policía destinada en Zaragoza y famosa por sus bruscos modales. En su trabajo, Mónica ha de demostrar que puede desarrollar perfectamente la investigación sobre una historia de crímenes que se van a suceder y en los que se mezclan las logias masónicas y los grupos anarquistas.

El jurado, presidido por la catedrática de la Universidad de Oviedo Josefina Martínez, viuda de Emilio Alarcos, estaba for-

mado también por el escritor asturiano Fulgencio Argüelles, que actuó como secretario; Rosa Regàs, escritora y ganadora del último premio «Planeta»; Juan de Lillo, periodista y escritor; Juan Cruz, periodista y escritor, y José Manuel Caballero Bonald, escritor. Entre las obras presentadas al concurso, el jurado destacó «Las tres flores de lis» como «la que más méritos poseía para alzarse con el premio», dotado con 18.000 euros (3 millones de pesetas) y placa conmemorativa.

De la obra ganadora destacaron «la corrección con la que está escrita, lo interesante y entretenido de su argumento, muy bien construido, y la intriga que consigue sostener a lo largo de todas sus páginas». Finalmente, el jurado señaló que «se trata de una buena novela que anima el interés de este premio y que sin duda gustará por lo que cuenta y por cómo lo cuenta a quienes se acercan a ella».



LUISMA MURIAS

El jurado del premio, anoche en el Centro Asturiano.

Segunda parte.— Preguntas realizadas por los alumnos de 3º de ESO y Diversificación el día de la visita del autor, jueves, 27 de febrero de 2003, en “El Hijarano”

1. ¿Escritor para mayorías o para minorías?
2. Ha ganado varios premios literarios. ¿Qué significan para el escritor los premios?
3. Sus novelas pertenecen al género del entretenimiento. ¿El novelista debe ser ante todo ameno?
4. ¿Cuáles son los autores que más le han influido?
5. ¿Qué opina de la literatura aragonesa de hoy?
6. ¿Cuáles son sus próximos proyectos literarios?
7. ¿Por qué eligió la enseñanza como profesión?
8. ¿Cómo se le ocurrió el nombre de *Cosmorama International Corporation*, que aparece en *Voces del silencio*?
9. *Voces del silencio* ¿es una crítica a los grandes laboratorios farmacéuticos?
10. ¿Por qué elige ese final pesimista para *Voces del silencio*? ¿Es Vd. pesimista u optimista?
11. ¿Por qué decidió ser escritor?
12. ¿Cómo empezó a escribir su primer libro?
13. ¿De dónde sacó la idea para su libro *Voces del silencio*?
14. ¿Por qué le gustan tanto las novelas policiacas y de ciencia-ficción?
15. ¿Los personajes de la novela están inspirados en alguna persona real o son inventados?
16. ¿Por qué decidió vivir en Aragón y en el Matarranya y no en su Cataluña natal?

Tercera parte.— Entrevista con Silvestre Hernández

José Antonio García Fernández.— En sus novelas se perciben influencias de la llamada cultura de masas: el cine americano, la ciencia-ficción, la novela policiaca... ¿Escritor para mayorías o para minorías?

Silvestre Hernández Carné.— Para minorías en cuanto que mis novelas han sido publicadas hasta ahora por una editorial regional, y otra nacional de alcance medio entre el público lector; minorías también por huir expresamente de temas superficiales o absolutamente ficticios y tener la pretensión de meter el dedo en la llaga en cuestiones sociales de extrema gravedad.

Mayorías, por cuanto el lenguaje de mis novelas es asequible a la mayor parte de la población, y no me gustaría quedarme con mis trabajos en el baúl de la memoria perdida (hay algunos excesivamente comprometidos y minoritarios que posiblemente nunca lograrán salir a la luz).

En definitiva, trato de utilizar la influencia que sobre mí y el público en general ejerce la cultura de masas para intercalar nuevos mensajes, mucho más crudos y reales, al abrigo del simple entretenimiento. Intento que mis novelas ofrezcan varias lecturas, según la persona que se adentre por ellas. Por ejemplo, en la novela *Las tres flores de lys* es innegable su aspecto de intriga policiaca, pero subyace, al mismo tiempo, una denuncia sobre la obsesiva persecución franquista de la masonería, que contada de otro modo sólo interesaría a los amantes de la historia. Al mismo tiempo en esta novela existen varios mensajes directamente dirigidos al entorno masónico español, un atrevimiento por mi parte que a más de un masón no le ha gustado nada, pero que otros me han agradecido, mensajes que no tienen por qué enturbiar el desarrollo normal de la novela policiaca. Curiosamente, ningún crítico hasta ahora se ha percatado de esta doble, si no triple, intencionalidad, a veces más preocupados en buscar las faltas expresivas o los errores tipográficos, cuya ausencia absoluta desgraciadamente no garantizan las editoriales más pequeñas por carecer de correctores o dedicarlos a corregir los originales de los escritores más consagrados.

J.A.G.F.— Vd. es psicólogo de formación. Sin embargo, en sus novelas se inclina más por la acción y la intriga que por la introspección. ¿Es una forma de compensar su dedicación profesional?

S.H.C.— Por supuesto que huyo de que cualquiera de mis personajes termine por parecerse a un caso clínico, de cuya vida sólo interesarían al lector o a la lectora saber si vive en su mismo barrio, su posible peligrosidad o no, y sus acciones más estrambóticas. Temo que un exceso de introspección llegaría a aburrir a los lectores. De todos modos, tengo que reconocer que aún debo darles mayor protagonismo a los actores de la historia, proporcionarles mayor expresividad, mejorar su forma coloquial... Es difícil sopesar la trascendencia de lo contado, con sus personajes, con sus vidas interiores, con sus relaciones..., la porción narrativa en relación a los diálogos, a las

descripciones... Cada novela es un nuevo mundo de relaciones. Sigo aprendiendo.

J.A.G.F.— Le gusta ambientar sus novelas en Aragón. ¿No le tienta su Cataluña natal?

S.H.C.— Lo cierto es que me encanta moverme por distintos lugares. Mis últimos proyectos novelísticos se desarrollan en contextos tan variopintos como Egipto, Barcelona o Peñarroya de Tastavins, en Teruel. De todos modos, me apasiona sumergirme en el medio ambiente aragonés, especialmente en el turolense. Por algo me decidí hace algunos años a vivir aquí.

J.A.G.F.— Ha ganado varios premios literarios. ¿Qué significan para el escritor los premios? ¿Son positivos? ¿Necesarios?

S.H.C.— Me temo que son necesarios para que las editoriales realicen su labor de muestreo y escojan, sin excesivo esfuerzo, a algunos escritores que les aseguren una mínima calidad y un previsible margen de beneficios.

Desgraciadamente, algunas editoriales utilizan los premios para lanzar las últimas obras de sus propios escritores; al fin y al cabo, iban a publicarlas de todos modos, el premio les confiere una mayor publicidad y el desembolso del galardón sólo les supone un adelanto de los emolumentos previamente acordados con el escritor o la escritora. Recuerdo que, hace un par de años, una periodista de un medio barcelonés, cuando corroboró al ganador previsto en un famoso certamen, exclamó en su columna literaria: “¡Gana la banca!”. Es indecente que a un premio literario acudan 400 ó más escritores ilusionados, cuando sólo son utilizados como arropamiento para el ganador o la ganadora previamente concertados. Esto es más propio de la “clac” de los sensibleros y empalagosos programas televisivos que entremezclan las lágrimas fáciles con las emociones del corazón, los polvos de amor y la faltriquera... y de las obras de teatro de ínfima calidad.

Los premios serían mucho más eficaces si se les dotara de una mayor transparencia, cuando se evitara sobrepremiar a los ya consagrados, siempre que favorecieran el afloramiento de nuevos talentos literarios y se huyera de jurados antediluvianos de sillón perenne... A pesar de todo, cualquier miembro de un jurado decide aquello que más le gusta, en función de sus propias experiencias y apetencias literarias. No hay premio que se libre de ser subjetivo, pero esto sí que es inevitable.

Es una suerte que algunas editoriales y asociaciones den muestras de honestidad y de respeto hacia los escritores, sean noveles o no, al otorgar sus premios literarios con absoluta transparencia y equidad. Todo escritor un poco vezado puede descubrir, año tras año, por medio de las decisiones finales de sus organizadores y jurados, qué premios son transparentes o no; aún a pesar de que, por si acaso, sigamos apoyando a los que no nos demuestran serlo nunca, una y otra vez. Sería positivo para el mundo de la literatura que algún día decidiéramos todos los escritores juntos que no participaríamos en un determinado certamen; una huelga de escritores noveles haría difícil de llevar a

cabo, por cuanto los trabajos con seudónimo no permiten conocer quiénes somos los que deberíamos formar parte de esa utópica rebelión. Si esto fuera posible, sobre los lectores de la editorial en cuestión, dejarían de influir las campañas publicitarias, por importantes que éstas fueran, y nadie volvería a fiarse de sus proclamas. Porque podemos confiar en algunos certámenes, y puesto que son la única forma de acercarnos a las editoriales cara a cara, sigo pensando que los premios literarios son importantes y, desdichadamente, indispensables cuando no se poseen contactos o accesos directos a los medios de comunicación y a las editoras.

J.A.G.F.— Sus novelas pertenecen, lo digo sin malicia, al género del entretenimiento. ¿El novelista debe ser ante todo ameno?

S.H.C.— Aparentemente son sólo entretenidas, pero te aseguro que todas ellas rezuman de cierta “mala leche”.

Sí, soy partidario de lo ameno, pero nunca de manera gratuita. Es indispensable que transmitan mensajes de fondo o fundamenten ciertas dudas y perturbaciones sanas en el lector. El problema es que algunos lectores sólo se quedan con el aspecto entretenido y no desean leer entre líneas, porque esto les afecta demasiado. Mucha literatura, desgraciadamente, a mi modo de ver, sirve únicamente como medio para evadirse de la realidad o para conciliar el sueño, libre de preocupaciones.

J.A.G.F.— ¿Qué opina de los grandes maestros de la novela policíaca y la de ciencia-ficción? ¿Cuáles son los autores que más le han influido?

S.H.C.— Trato de no verme influenciado por nada ni por nadie, pero la originalidad absoluta es un sueño probablemente imposible. Más que la ciencia ficción novelada, me intereso por los descubrimientos de Carl Sagan o las novelas de Arthur C. Clark (no considero que éste último sea sólo un novelista, pues sus obras se basan en investigaciones reales en curso o en proyectos de investigación).

En cuanto a escritores policíacos, me gustan Suso del Toro, Dashiell Hammett, Le Carré... Aunque pienso que no comenzaré a ser un buen escritor hasta el día en que pueda escribir 300 ó 400 páginas seguidas sin necesidad de un crimen intermedio o de una intriga subyacente; si, a pesar de la ausencia de tales recursos, los lectores se complacen con lo que lean y logran mantener su interés hasta el final.

J.A.G.F.— Comente esta frase: “Escribir en las comarcas”.

S.H.C.— ¿Vas a hacerme una interpretación psicoanalítica? Es broma. Para un escritor es un lujo poder escribir fuera del bullicio de las capitales, más si puede desplazarse a ellas en cualquier momento que lo precise o le interese (cine, teatro, universidad, “rebajas”...), mucho más cuando dispone de todos los servicios, comodidades y necesidades al alcance de la mano.

J.A.G.F.— Y esta otra: “La literatura aragonesa, hoy”.

S.H.C.— Desgraciadamente, salvo dos o tres excepciones, el mundo editorial en mayúsculas la está convirtiendo en un pequeño gueto, no por su propia dinámica interna, sino porque vetan las posibilidades de salir de sus fronteras regionales. Mucho más grave es la situación de los escritores en “aragonés”, cuyas obras nadie se molesta en traducir al castellano ni de promocionarlos a nivel nacional. A los medios de comunicación, en general ajenos al mundo de la cultura, les interesa más cubrir durante 24 horas al día lo que ocurre en el interior de una casa en forma de plató televisivo, con “bichitos” pululando en su interior, que ayudar a emerger a la cultura regional hacia el exterior. Son escasos los periodistas a quienes su medio les permite, o incluso los incentiva, a trabajar en pro de la cultura aragonesa. Desgraciadamente, no hay demasiados Antón Castro en el mundo periodístico; personas como él que luchan por expandir las fronteras de la literatura aragonesa, por encima de las pequeñas envidias gremiales, de los amiguismos, de las rivalidades y de la profusión de noticias publicitarias sobre obras de literatura amparadas por las multinacionales de la cultura.

J.A.G.F.— En *Las tres flores de lys* hace su primera incursión en la narrativa larga. ¿Piensa seguir por ese camino?

S.H.C.— Sí, ya he seguido por él. Estoy negociando la publicación de dos nuevas novelas, de las que prefiero no adelantar noticias mientras éstas no se corroboren.

J.A.G.F.— ¿Cuáles son sus próximos proyectos literarios?

S.H.C.— “Innumerables” es la palabra que surge de manera inmediata. Dos, de modo más concreto: una historia ambientada entre Barcelona y Peñarroya, entre los años 1918 a 1947; y otra, sobre el viaje a ultramar de los ocupantes de un famoso acorazado español en el año 1920.

J.A.G.F.— El peso de su formación psiquiátrica es evidente en sus novelas. ¿Y el de su dedicación docente?

S.H.C.— La plasmé en una novela corta inédita, titulada *Cacao y Monises*, basada en mi experiencia docente en un entorno tan conflictivo como es la periferia de una gran ciudad. En general, rehúyo para recrear mis novelas los ambientes y personajes que conozco; lo contrario sería como seguir hablando de enseñanza con tus compañeros de fatigas en mitad de una fiesta.

J.A.G.F.— Su vocación clínica parece manifestarse claramente en sus novelas. ¿Por qué eligió la enseñanza como profesión?

S.H.C.— Confieso que fue un accidente. No la elegí, sino que me vi inmerso en ella. En un momento dado tuve que ganarme la vida y era lo que más a mano tenía y que relativamente sabía hacer. Incluso me decidí, ya de manera más consciente, a presentarme a oposiciones con el objeto de escapar

de ciertas opresiones e injusticias que viví en el mundo de la enseñanza privada.

J.A.G.F.— ¿Cómo se le ocurrió el nombre de *Cosmorama International Corporation*, que aparece en *Voces del silencio*? ¿Es alguna alusión a una empresa real?

S.H.C.— *Cosmorama* es una palabra de origen italiano que viene a significar: “una visión global del mundo”. Creo que las empresas multinacionales, concretamente las farmacéuticas, poseen en todo momento una visión muy clara del potencial humano de su clientela, de sus recursos y de sus posibles “chinchillas” en determinadas regiones del planeta. La globalización es una muestra evidente de este interés, del mismo modo que lo son el establecimiento de los paranoides “ejes del mal”, o las guerras por la paz que encubren despóticos intereses por el control del petróleo y otros recursos a nivel mundial.

J.A.G.F.— En *Las tres flores de Iys* habla Vd. con tanta admiración de la masonería... Perdóne la pregunta: ¿Es Vd. masón?

S.H.C.— No, no lo soy. La pregunta es inevitable y me halaga cada vez que me la formulan, puesto que me demuestra que la argumentación de la novela es creíble.

J.A.G.F.— Un capítulo de *Voces del silencio* se titula “Supérstites”. En la paranoia de la vida urbana, desquiciada y tremenda, ¿somos todos sobrevivientes que escuchan voces en la oscuridad?

S.H.C.— Creo que más bien luchamos por no oírlas. El ruido de la prensa amarilla, los sables que se blanden en el aire, la necesidad de las televisiones que nadie escucha en los bares, las ansiosas caladas de humo, los auriculares en las orejas o la programación televisiva durante las 24 horas del día... Todo ello indica más bien que lo que más tememos en la vida es escuchar las voces del silencio, los significados profundos de las pausas entre las palabras, las vivencias, los sentimientos...

J.A.G.F.— El argumento de *Voces del silencio* ¿es una crítica a los grandes laboratorios y a la industria farmacéutica?

S.H.C.— Este es uno de los mensajes que trato de transmitir. Salvando en todo momento la necesidad de investigar y de la existencia de una industria farmacológica eficaz; trato de denunciar de manera amena el interés económico desmesurado que utiliza como pretexto a la enfermedad y que con demasiada frecuencia se mueve más allá del restablecimiento de la salud. Un caso flagrante que demuestra su funcionamiento mercantilista es la escalada del SIDA en países que no pueden costear el tratamiento farmacológico de su población enferma.

J.A.G.F.— Y en cuanto a las tecnologías, tan amenazadoras en *Voces del silencio*, ¿sirven al hombre o al Gran Hermano que vigila?

S.H.C.— Ambas cosas son ciertas. Nuestra especie es capaz de alcanzar los mayores logros tecnológicos y de superar las metas científicas que poco antes parecían insuperables, pero, al mismo tiempo, somos capaces de utilizar un bisturí para matar o convertimos a un cohete en un misil con cabeza nuclear. Los seres humanos podemos amar hasta la locura u odiar más allá de la razón; y lo peor de todo es que llegamos a hacerlo con cualquier persona, por mucho que antes la hayamos amado. En ocasiones, saltamos de un sentimiento a otro sin previo aviso y sin siquiera premeditación. Las voces de la locura que se acallan con sedantes no son las más peligrosas; las verdaderamente terribles son aquellas voces que provienen de mentes aparentemente normales, y alabadas, que se erigen en diosas de la justicia; voces que dictaminan sus propios “ejes del mal”, nos transmiten sus miedos paranoicos hacia otros grupos étnicos y religiosos, o nos mueven lenta pero indefectiblemente hacia confrontaciones entre pueblos hermanos.

J.A.G.F.— **Ha tenido experiencias de autoedición y edición electrónica. ¿Una forma de protesta contra los circuitos comerciales del libro?**

S.H.C.— Sí, ambas. Tenía proyectos de ir mucho más allá hasta que la obtención del último premio paralizó mis devaneos independentistas. De todos modos no era una forma de protesta, puesto que poco puede hacer un escritor de manera aislada, sino una necesidad de sacar el trabajo a la luz, una forma de llegar hasta los lectores, aún a pesar del escaso número al que los escritores independientes pueden aspirar.

J.A.G.F.— **Y de la enseñanza, ¿mejor no hablamos?**

S.H.C.— Sí, deberíamos hablar y mucho más, pero está claro que nadie nos escucha. Las leyes educativas se hacen siempre de espaldas a los enseñantes. Nadie nos pregunta, aunque curiosamente nos “otorgan” gran parte de la responsabilidad sobre la “calidad” de la enseñanza. Creo que sobran buena parte de los políticos y/o abogados y economistas que aventuran sus análisis, sus propuestas y sus decisiones educativas. En su lugar debiera escucharse a los técnicos, más versados en la realidad de la enseñanza, en la pedagogía, en la psicología e incluso en la sociología. La enseñanza no debiera convertirse en un simple reflejo del ideario del partido político de turno en el poder, sino proporcionar las respuestas válidas y eficaces que requiere una verdadera educación integral de la sociedad. Lo contrario no es más que otro intento de manipular las conductas futuras de la población o un atisbo de los obsoletos adiestramientos paulovianos sobre el premio y el esfuerzo. Ahí sí que el Gran Hermano se mantiene vigilante, porque su propio futuro depende de la capacidad de respuesta de aquellos a quienes pretende gobernar.